
Ioannis D. ZIZIOULAS, *Comunión y alteridad. Persona e Iglesia*, Salamanca: Sígueme, 2009, 398 pp., 13,5 x 21, ISBN 978-84-301-1707-9.

El tema de la comunión ha logrado su importancia en el debate teológico del siglo XX. Mientras se iba desarrollando la visión eclesiológica en clave de *communio* en el campo católico después del concilio Vaticano II, la misma problemática no ha sido tan explorada por la teología ortodoxa contemporánea. Uno de los personajes que ha marcado la corriente ortodoxa en la eclesiología y ha escogido la categoría de la comunión como eje de su pensamiento teológico es Ioannis Zizioulas. Como metropolitano titular de Pérgamo, tras los estudios cursados en Atenas, Tesalónica, Harvard y el Instituto Ecuménico de Bossey en Suiza, es uno de los más importantes teólogos ortodoxos griegos contemporáneos. Ha dejado una notable huella con su anterior libro, *Ser eclesial*, que fue acogido con mucho interés en los círculos teológicos ecuménicos por su acento en la importancia de la relacionalidad y comunión para la unidad. El presente libro, recién traducido al español, es como una continuación de *Ser eclesial*, ya que está centrado en otra categoría clave y complementaria, la de «alteridad».

En este libro, Zizioulas presenta una serie de ensayos en torno al concepto de comunión como clave tanto de la eclesiología como de la antropología, sin olvidar que, a primera vista, la comunión y la alteridad parecen ser realidades excluyentes. Dentro del humanismo occidental, que identifica –siguiendo de esta manera a Boecio– lo individual con la persona, protegerse del otro, de su presencia amenazadora, es una necesidad fundamental. La confusión existente entre diferencia y división no es para Zizioulas sólo el problema moral, sino que abarca dimensiones tanto universales como incluso cósmicas. La pregunta que va a acompañar al lector a lo largo del libro será: ¿cuál es la relación entre la comunión y la alteridad? ¿Qué papel tiene en la comunión eclesial? Para afrontar esta cuestión el autor acude al modelo que representa la santísima Trinidad: la Iglesia que quiere ser fiel a su vocación debe mirar constantemente al espejo que refleja la comunión y alteridad que es propia del Dios Trino. Zizioulas saca cuatro conclusiones de esta confrontación trinitaria: primera, que la alteridad es constitutiva de la unidad y no es consecuencia de ella. Segunda, que es absoluta: las personas de la Trinidad son absolutamente diferentes. Tercera, que la alteridad tiene

significado sobre todo ontológico. La última conclusión es la observación de que la alteridad es inconcebible fuera de la relacionalidad, y por eso la comunión no es ninguna amenaza para la alteridad, sino que la genera. Todo esto tiene para el teólogo griego unas consecuencias antropológicas: la persona es alteridad en comunión y comunión en alteridad.

Como la alteridad hay que situarla principalmente en el plano ontológico, el primer capítulo lo dedica Zizioulas a repasar varias zonas de la teología para demostrar que la comunión supone la alteridad como elemento constitutivo, rechazando de esta forma el totalitarismo ontológico. Al avanzar por este camino, a través del brillante análisis de los tratados sobre la creación, cristología, teología trinitaria y eclesiología en el aspecto de «ser otro» (la creación respecto a Dios, dentro del seno de la Trinidad, las naturalezas de Cristo, dentro de la visión de la Iglesia), el autor llega a la constatación de que la noción de libertad no es simple «libre albedrío», sino libertad de ser otro en sentido ontológico absoluto. Siguiendo a Máximo el Confesor, Zizioulas afirma que todo esto es posible porque el ser posee un *tropos*, capacidad de novedad y cambio. La alteridad se convierte en lo constitutivo del ser humano (mediante la creación Adán es constituido como un ser distinto de Dios) y al mismo tiempo provoca lo trágico (el rechazo de la alteridad como parte integrante del ser en el pecado original).

La parte central del libro es la aplicación de esta reflexión ontológica sobre la noción de persona y sobre todo, en el contexto trinitario. El teólogo ortodoxo responde a la pregunta: ¿qué significa ser persona?, tanto para el hombre como para Dios, una cuestión propia del hombre que nos hace humanos. Ser persona tiene que ver con la hipóstasis, exigencia de la unicidad en sentido absoluto del término. Para esta unicidad absoluta, observa el autor, lo que importa no es «lo que» uno es, sino el mismo hecho de que él es y no es otro cualquiera. La falta del contenido «positivo» al hablar de la hipóstasis (sobre todo en la doctrina trinitaria de los Padres griegos) tiene una importancia existencial enorme, ya que lo que intenta destacar en el ser persona no son sus cualidades (psíquicas, sociales, morales), sino precisamente la unicidad absoluta. Amar en clave ontológica, recuerda Zizioulas, significa aceptar al otro como compañero insustituible de una relación de la que depende la propia identidad de uno mismo.

El planteamiento del metropolitano encuentra la cuestión central en las consideraciones en torno a la persona del Padre en la Santísima Trinidad, contemplado como «causa» del Hijo y del Espíritu Santo. Esta idea, característica de

la teología capadocia, visión patro-céntrica de la unidad divina, en la que el Padre es considerado como *arché* en el sentido de origen personal y ontológico de la Trinidad, la defiende Zizioulas tratándola como verdadero eje del tema de la alteridad y la comunión. Las consecuencias para la eclesiología son según el autor, de primera importancia: «tal y como sucede en la Trinidad, donde el mismo ser de Dios es un movimiento del Padre hacia el Hijo y el Espíritu que torna finalmente a la persona del Padre, también en la Iglesia todo arranca de un ministerio que es el reflejo e imagen del Padre» (p. 188). Como observa el autor, la ontología de la persona que se obtiene de la visión capadocia es diferente de la de la tradición occidental posterior, elaborada a partir de Agustín y Boecio, que ponía de relieve lo individual dotado de inteligencia, mientras los capadocios ponían el énfasis en que lo personal se basa en la relación. La identidad de la persona, tanto en el caso de Dios como en el de los hombres, se reconoce mediante la relación y no mediante una ontología objetiva, en la que esta identidad quedaría orientada hacia sí misma y, por tanto, aislada. Lo relativo, expone el teólogo ortodoxo, no es, pues, producto del ser, sino el ser mismo. Es desde aquí de donde brota todo el pensamiento del autor.

Al oponerse a la interpretación «estática» de la persona, Zizioulas propone mirarla, por un lado, como la *ek-statis* del ser, es decir, el movimiento hacia la comunión. En este camino de trascender su propio «yo» consiguiendo así la libertad, el ser humano se revela de un modo integral e indivisible («católico» en el lenguaje del autor), de manera que deviene *hipostática*, portadora de su naturaleza en su totalidad. Así, el ser persona lleva consigo las consecuencias de *ékstasis* e *hipóstasis*: el ser personal no puede ser «dividido» y su modo de existencia es absolutamente irrepetible. Esta concepción de la persona resulta importante también para la cristología, a la que dedica su atención el autor en la última parte de su libro, sobre todo cuando retoma la cuestión de Cristo como un hombre «católico» y la cuestión de entender el dogma cristológico que trata de resolver la dialéctica «creado-increado», provocada por la filosofía griega.

Lo que llama la atención es la propuesta de la lectura eclesiológica que expone el metropolitano, subrayando que de esta manera se expresa un modo de ser. Se trata de una paradoja cristológica que la Iglesia manifiesta cuando se reúne para la celebración de la Eucaristía: lo creado y lo increado se hallan perfectamente unidos en los fieles, cuando, liberados del yugo de la hipóstasis biológica, se unen en la relación indisoluble de la comunión de la que brota la identidad de la persona.

La publicación de Zizioulas es una de las posiciones que de una manera integradora abren nuevos horizontes de la reflexión teológica en torno a las cuestiones tradicionales de la teología. Lo lleva a cabo apoyándose, por un lado, en la doctrina trinitaria de los Padres griegos (sobre todo los Capadocios y Máximo el Confesor), pero también, por otro lado, siguiendo las inspiraciones filosóficas contemporáneas que surgen del pensamiento de filósofos tales como Levinas o Buber. La idea que pretende transmitir el libro –la alteridad como lo constitutivo de la comunión– enriquece cada una de las reflexiones que intentan explicar lo creado, recordando las categorías claves que han de ser tenidas en cuenta a la hora de afrontar temas teológicos. El lector tiene la posibilidad, siguiendo la lógica del autor, de adentrarse en la riqueza teológica del pensamiento de los Padres griegos.

Piotr ROSZAK

Benoît-Dominique DE LA SOUJEOLE, OP, *Introduction au Mystère de l'Église*, Paris: Parole et Silence («Bibliothèque de la Revue Thomiste») 2006, 651 pp., 15 x 21, ISBN 2-84573-530-8.

El volumen recoge el curso ordinario de eclesiología que el autor viene ofreciendo desde hace dos décadas, primero en Toulouse (Francia), y actualmente en la Facultad de Teología de Friburgo (Suiza). En general, los escritos del teólogo dominico se caracterizan por su capacidad de advertir la virtualidad de la tradición tomista para iluminar con creatividad las cuestiones teológicas actuales. Como era de esperar en un discípulo de Tomás de Aquino, el autor no se satisface con la simple yuxtaposición de afirmaciones ciertas, sino que busca una integración especulativa convincente. Ese mismo proceder encontramos en esta «introducción» al Misterio de la Iglesia.

Se trata de una valiosa iniciación al estudio en la que el autor hace prevalecer con buen criterio la ordenación pedagógica y la síntesis sobre la acumulación de datos. En cuanto es una primera aproximación, el manual no recoge todos los temas eclesiológicos particulares, sino que se centra en la naturaleza y el ser de la Iglesia, dejando para otros tratados los aspectos más operativos de la misión eclesial. Esta concentración temática permite al profesor de Friburgo desarrollar con intensidad la dimensión especulativa del tratado.